

El laberinto de los afectos en el neoliberalismo

Labyrinth of affects in neoliberalism

Mariana de Gainza

Ezequiel Ipar

Universidad de Buenos Aires (Argentina)

Resumen

La pregunta por las fantasías sociales que dan su consistencia a la elaboración ideológica de la experiencia se vuelve especialmente necesaria cuando los discursos políticos se articulan en los medios de comunicación sintetizando una multiplicidad de imágenes de xenofobia, racismo, clasismo y otros prejuicios sociales. Estos complejos mecanismos de producción social de paranoia son capaces de generar efectos de bloqueo de las capacidades críticas y una inclinación regresiva que orienta a la subjetividad al drama de tener que “creerlo todo” o quedar desconectada del mundo compartido que dirigen las nuevas empresas y tecnologías de la comunicación.

Palabras-clave: ideología, fantasía, afecto, neoliberalismo, subjetivación.

Abstract

Asking about social fantasies that give consistence to the ideological elaboration of experience becomes especially necessary when the political discourses are articulated at media, synthesizing multiple images of xenophobia, racism, classism and other kind of social prejudices. These complex mechanisms of social production of paranoia are able to block any critical capacity and to produce a regressive inclination of subjectivity to the drama of “believing in everything” or to be disconnected of the shared world commanded by the new enterprises and technologies of communication.

Key-words: ideology, fantasy, affect, neoliberalism, subjectivation.

I

En el mes de diciembre de 2010 fue ocupado un predio público de la zona sur de la Ciudad de Buenos Aires, el Parque Indoamericano, por cientos de familias que padecían una situación habitacional precaria. En el contexto de la violenta represión que sucedió a la toma, que causó la muerte de tres personas y decenas de heridos, el episodio dejó una vez más en evidencia el espeso entramado de xenofobia y racismo en el que se moldea la subjetividad de amplios sectores de la población (en este caso, la subjetividad de aquellos vecinos del barrio, de clase media baja, que se enfrentaron a quienes pretendían asentarse en el parque, y tendieron mayoritariamente a justificar la violencia policial). Pero además, fue el marco en el cual se produjo, de parte de quien era en aquel entonces el jefe de gobierno de la ciudad y hoy es el presidente de la nación, un pronunciamiento que consideramos altamente significativo. En una conferencia de prensa, asoció lo ocurrido con “la inmigración descontrolada”, señalando que “todos los días llegan cien, doscientas personas de la mano del narcotráfico y la delincuencia”¹. En un tipo de intervención característica, consistente en responsabilizar al gobierno central de cualquier situación problemática que tuviera lugar en su distrito (en este caso, recayendo la culpa en la política migratoria abierta defendida por el kirchnerismo), Macri fue más allá, pues le dio una sanción positiva y un cauce público a una característica amalgama afectiva hecha de frustraciones, odios y resentimientos que, si bien responde a heterogéneas y acumuladas causas histórico-sociales, se encuentra en estado de disponibilidad para dar su base de sustentación a eso que Horacio Gonzalez llamó “una derecha oceánica, que existe desde siempre en la Argentina”². Desde aquel episodio (y ésta es nuestra penosa percepción) la fuerza política del partido de la ciudad de Buenos Aires y de su líder no ha parado de crecer, hasta resultar finalmente ganadora en las elecciones presidenciales de noviembre de 2015.

La importancia simbólica de los discursos públicos, la problemática ético-política de la responsabilidad y de la construcción de legitimidad se encuentran tangencialmente involucrados en lo que nos interesa indagar aquí. Serían los términos “superestructurales”, por decirlo así, de una cuestión más vasta y más densa, que reclama otros enfoques, sobre todo

¹ Ver, entre otras, la crónica del diario La Nación: “Macri responsabilizó a la inmigración ‘descontrolada’ por las muertes en el operativo de desalojo. Sus dichos provocaron fuertes cuestionamientos. ‘Parecería que la ciudad de Buenos Aires se tiene que hacer cargo de los países limítrofes y eso es imposible. Todos los días llegan entre 100 y 200 personas nuevas a la ciudad que no sabemos quiénes son, de la mano del narcotráfico y la delincuencia’, había declarado el jefe de gobierno porteño”. Diario La Nación del 9 de diciembre de 2010, disponible en: <http://www.lanacion.com.ar/1332014-macri-insiste-estamos-intentando-que-el-gobierno-nacional-recapacite>

² Cf. H. González, *El folletín argentino*, Capítulo 8. “Peronismo: esquemas de adecuación”, disponible en: <http://www.lateclaene.com/#!cap8-peronismo-esquemas-de-adequacin/c3tw>

aquellos que desde las humanidades dialogan, de una u otra manera, con los aportes del psicoanálisis. La pregunta por las fantasías sociales que dan su consistencia a la elaboración ideológica de la experiencia se vuelve especialmente imperiosa cuando la palabra de los representantes políticos democráticamente electos pasa a sintonizar con los medios de comunicación concentrados, con la “voz” de los mercados, con las fuerzas policiales o la oscura potencia disuasiva de los poderes jurídicos, en un complejo mecanismo de producción social de paranoia (desde arriba) capaz de generar efectos de bloqueo de las capacidades críticas y una funcional inclinación (desde abajo) a “creerlo todo”. Esto es, a adherir a las más inverosímiles hipótesis conspirativas como modo de prestar aquiescencia o identificarse con eso que ya, “desde siempre”, se sabía. Esa secreta complicidad entre los poderes más concentrados y los costados más rígidos de la constitución subjetiva ciudadana es correlativa de una desolidarización notoria de amplios sectores de la población argentina, verificable, por ejemplo, en el malestar difuso o la indignación manifiesta frente a la amplia y diversa gama de planes y beneficios sociales que el anterior gobierno implementó como parte de una política de signo redistributivo. Esa confluencia (desde arriba y desde abajo, decíamos) de actos de enunciación y prácticas que actúan en el sentido de estrechar los márgenes de la sensibilidad colectiva remiten a los trazos de un recurrente autoritarismo que, cuando triunfa en el entramado social, preanuncia o confirma el vaciamiento eficaz de las instituciones y los modos de vida democráticos.

II

En la historia política del autoritarismo se verifica la repetición de un comportamiento. Alguien comienza imaginando una posición de fragilidad que lo “obliga” a enfrentar una amenaza, la cual, desde el punto de vista de un análisis racional de la situación, es completamente irreal. Pero luego, mediante una extraña inversión, la víctima imaginaria termina encarnando en su propia subjetividad la violencia que le atribuía al objeto de su fantasía. ¿Cómo sucede este pasaje del temor a la ira a través de un objeto fantaseado? Los casos asociables con esta hipótesis son múltiples y muy variados, sin embargo, lo esencial de este proceso se presta a la siguiente esquematización: se diseminan fantasías que dibujan al otro (a un otro externo y determinado) como omnipotente y avasallador; los afectados se representan como víctimas de un poder imaginario que, sin guardar relación con la distribución del poder social, los atraviesa íntimamente; el temor los exalta y por eso “deben” recurrir a todos los medios y mecanismos defensivos que les permitan resguardarse de la amenaza; como resultado de lo anterior, terminan imitando al monstruo fantaseado en los detalles de la violencia defensiva que profesan. No resulta difícil percibir que esa violencia que aparece al final del proceso, en

realidad ya estaba allí desde el comienzo, proyectada en la imaginación fantasmática del otro. Pero además, se produce el curioso hecho de “encarnación”, en virtud del cual un fantasma se vuelve real: los individuos, primero temerosos y luego iracundos, terminan realizando aquellos actos monstruosos a los que creían oponerse. El problema surge cuando este tipo de imágenes paranoicas se combinan con ciertas formas sistemáticas de la comunicación de masas y se transforman en potentes fantasmagorías que cierran los horizontes de interpretación de una cultura, destruyendo las bases de la sensibilidad frente al otro que es, justamente, la única disposición capaz de desarmar diversas formas extremas de la violencia social.

Hace tiempo que la actualidad global nos puso en contacto próximo con esas fantasías autoritarias. En las democracias “maduras”, las explotan hoy desde arriba personajes como D. Trump y J.M. Le Pen, o el nuevo partido de extrema derecha “Alternativa para Alemania”. Por abajo, crecen al calor de ese clima de sospecha y odio social que provoca la peor crisis del capitalismo en su fase posmoderna. Lo que tenemos frente a nosotros son las imágenes de un autoritarismo difícil de pensar, porque combina lo flexible, económico y deshistorizado de las fantasías posmodernas, con el carácter cerrado, violento y atávico de las fantasmagorías autoritarias modernas. En América Latina, estas fantasmagorías autoritarias se expresan en las pantallas del *show business*, recorren las calles y habitan los livings con su sabor local, pero expresan una ira similar contra la llegada de las demandas de los damnificados en tiempos de crisis. Esto lo sabemos, pues notamos una reacción que se repite: frente a un malestar cuyas causas son difíciles de comprender, se transforma en un monstruo imaginario al recién llegado, al dependiente, al frágil y, en general, a aquel que no cree en monstruos sino en políticas de articulación popular como único recurso frente a las fuerzas reales que llevan adelante un despojo sistémicamente requerido. Ese es el desafío político que esas fantasmagorías buscan bloquear, usufructuando el odio (hacia los demás, pero también hacia sí mismo) que las ideologías del resentimiento y la resignación hacen circular.

Frente a cuadros como éste, se pueden hacer muchas preguntas, psicológicas, éticas, históricas, culturales, antropológicas, etc. Pero, sin dudas, la más urgente es la pregunta política, ¿qué hacer con esas fantasmagorías? La derecha tiene una respuesta clara y contundente: establecerlas, hacerlas circular y usarlas. Podríamos llamar derecha “moderada” a la que recurre a estas fantasmagorías autoritarias con cierta prudencia, interponiendo alguna distancia, y con una tenue conciencia histórica que le advierte que ese látigo que ahora levanta puede caer sobre ella misma. La derecha “radical” es la que fija, disponibiliza y utiliza esas imágenes cargadas de odio sin esconder la mano, conectándolas con la aceptada estrategia de la política de la ira (recordemos que existen manuales que explican los pasos a seguir para orientar de modo violento la

indignación pública, y canalizarla hacia objetivos mayormente inconfesados). Del otro lado, al pensamiento democrático, que no puede bajo ningún concepto usar estas fantasmagorías sociales, le cuesta cada vez más desarticular la politización de la ira, desmentir los prejuicios y volver a proponer el intercambio abierto, la discusión honesta y el antagonismo político. Con frecuencia, corre el riesgo de no tomar esas fantasmagorías en serio, de pensar que sólo se trata de fantasmas del pasado con los cuales no hay nada que hacer o, peor aún, de suponer que lo conveniente es dejar que sigan su curso natural. Es a la izquierda (entendida en un sentido amplio) a la que le toca la tarea más difícil: combatirlos con énfasis e interpretarlas como promesas de redención truncadas y desviadas, como si hubiera algo en esos gritos de odio de las masas que no debe dejar de ser escuchado mientras de esa resonancia uno se aleja. En los fantasmas del autoritarismo actual no hay que leer sólo los ecos de la crisis o la ocasión para reafirmar nuestras convicciones democráticas. En ese océano de pasiones políticas agitadas, a la izquierda se le impone el desafío de seguir escribiendo el proyecto de una sociedad igualitaria.

III

Son varios los autores contemporáneos que tratan de pensar las posibilidades de una política verdaderamente democrática, en los términos de una radicalidad que identifican, a grandes rasgos, con la posición ética de la apertura, frente a cualquier cierre totalitario; una política que pueda hacer justicia al inacabamiento o la incompletitud, al estado de permanente experimentación en que la realidad social necesariamente se presenta. La brecha que a la vez destruye las ilusiones respecto a toda pretensión de estabilización (de una situación, de un mundo, de una coyuntura, de una identidad) y abre diversas vías de transformación de lo actualmente existente puede ser aludida o conceptualizada con diversos términos, como antagonismo, desajuste, negatividad, etc., pero al interior de las coordenadas que a grandes rasgos se establecen en dicho contrapunto entre una apertura y un cierre se sitúan muchas de las discusiones de la filosofía contemporánea.

En el contexto de esos debates, nos interesa recordar aquí la descripción –no exenta de cierta ironía– que Judith Butler realiza del procedimiento argumentativo del filósofo S. Žižek. La argumentación típica zizekiana se despliega en tres pasos. La definición de la cosa que se trata de analizar comienza por la vacilación, de estilo hegeliano, entre sus determinaciones externas y la imposibilidad de asirlas desde una interioridad esencial que unifique la dispersión de los caracteres que surgen de su ser condicionado; entonces, ese movimiento de reversión resulta interrumpido por la arbitrariedad de un gesto, un acto performativo de designación que hace de esas condiciones externas y

arbitrarias las propiedades necesarias e inmanentes de la cosa. Este sería el momento lacaniano de la argumentación de Žižek, el momento de la articulación, cuando un signo contingente acaba presidiendo la constitución misma del objeto. Y cuya contratara es *lo real* que excede esa conformación identitaria, aquello que en Žižek siempre aparece bajo la forma de ilustraciones y ejemplos, como los que ofrece el mundo hollywoodense en películas tan masivamente vistas como *Tiburón* o *Alien*. El “monstruo” resulta ser, entonces, “un ‘contenedor’ común para miedos inconscientes en libre flotación” y cuya naturaleza es en última instancia social (la inseguridad, la inmigración, las intervenciones del Estado, la conflictividad política). En definitiva: “emerge un conjunto de temores y angustias, un nombre esadjudicado retroactiva y arbitrariamente a esos temores y angustias: de repente, ese racimo de temores y angustias se vuelve una sola cosa, y esa cosa llega a funcionar como una causa o un fundamento de lo que sea que está perturbando. Lo que al principio apareció como un campo desorganizado de angustia social es transformado por una cierta operación performativa en un universo ordenado con una causa identificable”³.

La distancia de Butler en relación a este modo de argumentar de Žižek pasa, fundamentalmente, por su formalismo, esto es, por lo que queda en evidencia una vez que se procede a mostrar el esquema que actúa en los análisis de una multiplicidad de casos distintos⁴. Y sin embargo, más allá de la legitimidad de esa crítica, que más bien señala –preferiríamos decir– hacia un riesgo cierto que corre *todo* pensamiento que pretenda dar cuenta de ciertas dimensiones transculturales y transhistóricas de los fenómenos sociales, queremos resaltar que esa generación e instrumentalización del odio social a través de la canalización exitosa de un malestar o una angustia, asociada a una multiplicidad inasible de causas reales, es un tipo de mecanismo que, sí, efectivamente, se encuentra en muy distintas situaciones. Y nos habilita, asimismo, para pensar su funcionamiento en el contexto particular que nos interesa. La producción cotidiana de temor al *otro* a cargo de las pantallas de televisión ha ubicado en general a los miembros de distintos sectores sociales (aglutinados en torno a su “ser televidentes”) en una condición tal que las imágenes de la inseguridad externa y la inestabilidad anímica se articulan.

³ J. Butler, E. Laclau, S. Žižek, *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, Buenos Aires, FCE, 2004, p. 33.

⁴ “El vínculo entre formalismo teórico y una aproximación tecnológica al ejemplo –dice Butler– se hace explícito aquí: la teoría es aplicada a sus ejemplos y su relación con su ejemplo es una relación ‘externa’, en términos hegelianos”. De manera que, respecto al dispositivo zizekiano de los tres pasos, se pregunta: “¿cuál es el lugar y tiempo de esta operación ¿Ocurre en todo lugar y momento? ¿Es un rasgo invariable de cultura humana, del lenguaje, del nombre, o está restringida a los poderes del nominalismo dentro de la modernidad? Como herramienta que puede ser transpuesta de cualquier contexto a cualquier objeto, opera precisamente como un fetiche teórico que repudia las condiciones de su propia emergencia”. J. Butler, E. Laclau, S. Žižek, *op.cit.*, pp. 32 y 33.

Luego, las fuerzas de seguridad y una voz pública legítima les ofrecerían a los sujetos, como *botín* para una estabilización identitaria pautada por prejuicios racistas y de clase, una figura hacia la cual canalizar esos temores, confirmando que los odios experimentados –asociados a las condiciones competitivas y precarias de la vida capitalista– tenían una causa justa. Es crucial el gesto de la autoridad política, que *señala* hacia un culpable que tiene un rostro concreto (esas personas que dejan de ser “vecinos” para transformarse en “narcotraficantes bolivianos”, susceptibles de ser linchados o asesinados por una turba enfurecida) y a la vez involucra, de manera indirecta, diversas responsabilidades adyacentes: las condiciones necesarias para la existencia encarnada de esa culpa (la apertura migratoria, la solidaridad latinoamericana, la justicia garantista), que van organizando el campo simbólico para la acumulación política.

Del lado del sujeto que responde a dicha interpelación (efectiva, desde el punto de vista del crecimiento de un partido de derecha ideológicamente consistente, que fue finalmente capaz de ganar las elecciones presidenciales y producir una notoria inflexión en todos los ámbitos de la vida del país y en su modo de participación en el orden global), resulta interesante tener en cuenta la complejización que introduce Suely Rolnik⁵. Ella tematiza ese malestar difuso, sobre el que trabajan las estrategias que se valen de la reconducción de las fantasías colectivas, a partir de su interpretación de conceptos de Deleuze y Guattari (con tonos a la vez freudianos y spinozistas). En una tensión con la noción de *ideología* –en cuanto ésta es concebida como el modo necesariamente imaginario en que los hombres se relacionan con sus condiciones de existencia, o el modo espontáneo de *vivir* (imaginariamente) el mundo–, Rolnik sostiene que el mundo es vivido corporalmente bajo la forma de “afectos” y “perceptos”, esto es, bajo cierta modalidad de la sensibilidad para la cual no existen ni las imágenes ni las palabras, “una especie de mundo larvario” o potencial expresivo surgido del ser externamente afectado, y heterogéneo respecto a cualquier codificación cultural, imaginaria y simbólica. Y es precisamente la diferencia y la fricción entre ese modo en que un cuerpo se relaciona inmediatamente con el mundo que lo afecta y los significantes culturalmente disponibles lo que genera esa inquietud o inestabilidad constitutiva (que puede asimismo entenderse como aquello que Freud llamó el “malestar en la cultura”).

Ahora bien, no se lidia siempre de la misma manera con esa fricción (que remite al mismo *locus* teórico que las lecturas hegelianas del psicoanálisis trataban de asir a través de la idea de una reversión u

⁵ Aquí nos referimos, en particular, a una entrevista realizada por Aurora Fernández Polanco y Antonio Pradel a Suely Rolnik, originalmente publicada en Re-visiones # Cinco, 2015 (<http://www.re-visiones.net/spip.php%3Farticle128.html>) y luego modificada y re-publicada como S. Rolnik, “La nueva estrategia de poder del capitalismo mundial”, disponible en: <http://anarquiacoronada.blogspot.com.ar/2016/03/la-nueva-estrategia-de-poder-del-7.html>

oscilación entre la determinación externa y la fallida pretensión interna de abarcarla). Esto es: existen modos social, cultural e históricamente distintos de producción de interpelaciones identitarias (o de ser *sujetos*) y de responder subjetivamente a ellos; por lo cual, se vuelve crucial entender, en cada época y situación, cuál es “el tipo de relación con la inquietud que predomina en la subjetividad”⁶. En sintonía tanto con la búsqueda conceptual del freudismo (que distingue entre una pulsión de vida y una pulsión de muerte) como del spinozismo (que entiende al *conatus* como una potencia de perseverancia en ser que puede expandirse, o bien verse neutralizada o disminuida), Rolnik considera que la actuación del deseo en la búsqueda de cierta estabilización de esa inquietud puede orientarse, básicamente, en dos sentidos distintos. O bien, en la dirección de una expresión que promueva un encauzamiento creativo de esa inestabilidad, otorgándole a una experiencia singular del mundo palabras e imágenes no preasignadas por cierta configuración actual de la dominación; lo cual implica que la subjetividad sea capaz de sostenerse sobre la tensión que la desestabiliza, registrando permanentemente esa incompatibilidad entre un registro cultural y aquello que la impulsa en el sentido de una expresividad autónoma. O bien, en la dirección que la dominación requiere, lo cual fundamentalmente implica una atrofia de la sensibilidad y una unilateralización funcional de la experiencia, que redundará en la sujeción, esto es, en el éxito de la interpelación que canaliza los deseos hacia modos de actuar y de pensar adaptativos.

En este último caso, “la subjetividad sucumbe a una interpretación apresurada del sujeto”, y pasa a vivirse como una amenaza el choque entre la vigente “cartografía” cultural y el extrañamiento subjetivo que surge de la vivencia (no interpretada) del mundo. “Como el sujeto es inseparable de una determinada cartografía cultural y se confunde con la misma, como si fuera el único mundo posible, interpretará el desmoronamiento de ‘un’ mundo, el supuestamente suyo, como una señal del fin ‘del’ mundo y de sí mismo. Desde esa perspectiva, para explicar la causa de su malestar solamente le resta encontrarla en una supuesta deficiencia de sí mismo o proyectarla en el mundo, escogiendo a un otro específico como pantalla de su proyección (...) Desde la perspectiva paranoica, el yo proyecta la causa de su malestar sobre el otro (de raza, género, clase, ideología, etc.) y lo demoniza, y va a intoxicarse de odio y resentimiento. Esto puede llevar a acciones extremadamente agresivas, cuyo poder de contagio tiende a crear las condiciones para el surgimiento de una masa fascista”⁷.

⁶ S. Rolnik, “La nueva estrategia de poder del capitalismo mundial”, *op. cit.*

⁷ S. Rolnik, *op. cit.*

IV

El mundo social contemporáneo potencia esta dinámica afectiva regresiva a través de múltiples vías. La inestabilidad en la subjetividad resulta especialmente reforzada por las formas de producción y acumulación del capitalismo actual. En efecto, junto con la globalización y la desregulación de los mercados de capitales se multiplican las experiencias de dislocamiento subjetivo bajo la forma dominante de la *inseguridad*, en una multiplicidad de contextos (el mundo del trabajo, el horizonte vital en el que se enlazan los esfuerzos entre las generaciones, el espacio de la representación política, el encuentro cotidiano con otras culturas e identidades). En un doble movimiento, la ideología neoliberal del riesgo y la flexibilidadredobla, codificándola, la inquietud constitutiva de la subjetividad; y, a la vez, como forma cultural que se desprende del proceso de reproducción social, reduplica en un sentido represivo la inestabilidad del mundo. De tal manera que se genera, así, un tipo de incertidumbre inducida y dirigida que hace de la flexibilidad funcional un rasgo compulsivo que debe asumir el sujeto.

Pero también cuando se trata de enfrentar al neoliberalismo, reconstruyendo espacios de la vida social y política que tratan de limitar y controlar los efectos más nocivos del capitalismo neoliberal, esa canalización represiva de la inestabilidad subjetiva adquiere un protagonismo paradójico. Pues al verificarse una intervención igualadora desde el Estado, medianamente consistente y capaz de incidir eficazmente sobre los intercambios sociales (por ejemplo, a través de la redistribución del ingreso o de políticas orientadas a sacar de la pobreza y la desprotección a los sectores más desfavorecidos), se produce un cisma en el mundo social y político. Y si bien la historia demuestra que políticas de esta índole *siempre* provocaron la respuesta de ciertos sectores privilegiados –los cuales tienden a experimentar como una amenaza cualquier redistribución de los distintos capitales sociales: económicos, políticos, culturales o simbólicos–, últimamente hemos visto una reacción muy extendida y diversa, que atraviesa a múltiples grupos y clases sociales. De modo que podemos decir que el efecto de interpelación que producen las políticas orientadas a reequilibrar, redistribuir y modificar las posiciones sociales relativas también genera una doble vía de subjetivación: puede estimular un pensamiento abierto, capaz de lidiar creativamente con la contingencia y la extrañeza asociadas a la novedad de esas políticas en el panorama social, o bien puede determinarse como moralización anti-solidaria y sujeción a un principio de individuación rígido y competitivo.

La cultura de la inestabilidad, ratificada al nivel del sujeto por una interpretación de la inquietud subjetiva en los términos de una inseguridad generalizada (que la televisión permanentemente encendida ayuda a fijar como contenido esencial que pasa del mundo externo a la

interioridad de la conciencia) es causa de buena parte de las “patologías” del sujeto que *vive* la crisis bajo esos modos rígidos que producen efectos dañinos, para cada individuo y para sus lazos solidarios con los otros. El cierre sobre sí mismo producido por el miedo favorece la fuga hacia una ilusoria y frágil condición de omnipotencia, una autorreferencia originaria, que, cuando se frustra, fácilmente puede derivar hacia esos *shocks* de ira proyectiva, que objetivan en un *otro* la causa del malestar. Creemos que este fenómeno que describimos puede hallarse como una hebra que participa en los brotes de intolerancia política (como los que Suely Rolnik señala a propósito de la actualidad brasileña, o como los que nosotros recordamos en los “cacerolazos” que proliferaron en los últimos años del gobierno de Cristina Kirchner), en los episodios de violencia social (como el del Parque Indoamericano, o como la ola de linchamientos que tuvo su epicentro dramático en la ciudad de Córdoba, en diciembre de 2013) o en la violencia de género (que se expresa en lo que parecería no sólo una mayor visibilización sino una multiplicación de los casos de femicidios en la Argentina actual).

En relación a los motivos por los cuales este tipo de violencias tienen lugar en contextos donde gobiernos progresistas han intentado combatir la hegemonía neoliberal a través de políticas públicas concretas, pero también a partir de discursos que defendieron una idea de democracia entendida como ampliación de derechos, ciertamente, hay que asignarle al factor mediático (esto es, al grado de eficacia que ha alcanzado la alianza entre los medios de comunicación monopólicos y los grupos del capital concentrado) toda la importancia que efectivamente tiene⁸. Pero la captura por los medios y la legitimación del odio realizada por discursos políticos irresponsables (como el que mencionamos al comienzo del artículo) actúan, decimos, sobre un magma afectivo que se explica, más profundamente, por las modalidades de actualización de la contradicción irresoluble entre democracia y capitalismo. Una intervención igualadora que, desde el Estado y a través del discurso público de los líderes populares, pretende incidir sobre las desigualdades sociales que sistemáticamente producen las relaciones capitalistas en el contexto periférico desata un efecto concomitante, que podemos llamar un “comparativismo universal”. A través de la mirada suspicaz que los sujetos pertenecientes a todos los estratos sociales dirigen hacia sus conciudadanos en general pero, sobre todo, hacia quienes se encuentran más próximos en la escala social, se produce esa comparación que, en

⁸ En los términos en que lo plantea Rolnik, “es precisamente la potencia del deseo convocada por la desestabilización la que es *cafishuada* (chuleada, proxenetizada) por el capital a través de los medios, que refuerzan el fantasma de peligro inminente fabulado por el sujeto, propagando el miedo para transformar el estado de desestabilización en potencia de sumisión. Éste es el peligro real y que resulta del peligro imaginario del Yo, instrumentalizado por los medios, los principales coadyuvantes del capital en la contemporaneidad”. S. Rolnik, *op. cit.*

última instancia, se identifica con el cálculo paranoico de consumos relativos⁹. Así, la intervención igualadora que actúa remitiendo a una *totalidad* que incumbe al conjunto de los ciudadanos, esto es, que pone en juego una idea de comunidad (puesto que es el bienestar de las mayorías populares el que justifica la acción reorientadora de recursos del Estado) choca con las condiciones de un individualismo persistente, fomentado asimismo por el acceso creciente al consumo. De manera que, cada vez más, se generaliza esa imputación que asocia la intervención estatal ya no con la justicia, sino con la injusticia: “¿por qué mi vecino recibe beneficios que yo no recibo?”, “¿por qué recibe subsidios que gasta en los mismos comercios donde yo compro lo que gano con el esfuerzo de mi trabajo?”. El tránsito desde este tipo de preguntas hacia la imputación cargada de odio (contra el “planero” o el inmigrante) se vuelve cada vez más fluido, sobre todo cuando comienzan a sentirse los efectos de la crisis.

El retorno del neoliberalismo “a cielo abierto” a la Argentina, luego de que finalmente se logró concretar en las urnas la derrota del Frente para la Victoria (más de una vez augurada y prometida por el poderoso conglomerado del poder financiero, los grandes grupos económicos, los medios de comunicación, amplios sectores del poder jurídico y un arco variopinto de opositores) cuenta con la ventaja, en relación a lo que venimos aquí tratando, de la suspensión inmediata de ese cortocircuito entre una intención igualadora y el individualismo compulsivo que el neoliberalismo continúa recreando y potenciando. El Estado finalmente se des-responsabiliza y deja en manos de cada quien la lucha por la supervivencia en condiciones de desigualdad que prometen extremarse. Así, la interpelación que domina en el espacio público es aquella que llama a que cada cual retorne a sus propios asuntos, y se desentienda de esas vanas ilusiones relativas a un proyecto de vida colectivo que, se dice, sólo existieron en la febril fantasía malintencionada de aquellos que inventaron tales palabras para separar a los hombres y mujeres argentinas de lo que verdaderamente importa: la familia y las pequeñas gratificaciones cotidianas que el mercado les ofrece por igual a todos los que se esfuerzan realmente por merecerlas. El resto, es fábula.

⁹ Nuevamente, recordemos el papel crucial que Rolnik le asigna al consumo en cuanto “estabilizador” de esa inquietud que se vuelve insoportable en condiciones de flexibilización capitalista: “cuando el yo proyecta sobre sí mismo la causa del malestar y de su supuesto desmoronamiento, se va a intoxicar de culpa. Pasa a verse a sí mismo como insuficiente, incapaz, inferior, débil, fracasado (...). Ahí, una de las maneras de actuar del deseo para recobrar el equilibrio será el consumo de algo desde donde la subjetividad se rehaga un contorno reconocible, de manera tal que pueda librarse del sentimiento de exclusión. En el marco de la política de subjetivación dominante, los objetos de ese consumo serán productos de toda índole que le ofrece el mercado.” S. Rolnik, *op. cit.*

Referencias

Butler, J., Laclau, E. y Žižek, S. (2000). *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004.

González, H. (2016). *El folletín argentino, Capítulo 8, "Peronismo: esquemas de adecuación"*, La Tecla Eñe. Consultado el 30 de marzo de 2016 en: <http://www.lateclaene.com/#!/cap8-peronismo-esquemas-de-adecuacin/c3tw>

Rolnik, "La nueva estrategia de poder del capitalismo mundial", Lobo Suelto. Consultado el 30 de marzo de 2016 en: http://anarquiacoronada.blogspot.com.ar/2016/03/la-nueva-estrategia-de-poder-del_7.html

Fecha de recepción: 26 de febrero 2016

Fecha de aceptación: 28 de marzo 2016